

1990

El hombre de Montevideo; Prólogo a la lengua;
Noli me tangere; No sostener nada jamás;
Cangrejos de la playa de Ma'Bwá; Para Leonardo...;
Qué decir entonces...; De lado de la pintura

Jose Carlos Cataño

Citas recomendadas

Cataño, Jose Carlos (Otoño 1990) "El hombre de Montevideo; Prólogo a la lengua; Noli me tangere; No sostener nada jamás; Cangrejos de la playa de Ma'Bwá; Para Leonardo...; Qué decir entonces...; De lado de la pintura," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 32, Article 26.
Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss32/26>

JOSE CARLOS CATAÑO

España, 1954

EL HOMBRE DE MONTEVIDEO

Ahora eres viejo y resides al lado de la luna, justo en medio del Atlántico. Recitas de memoria para viejas damas y, mientras cabecean en la *chaise-longue*, tus ojos están en otra parte.

Como de joven, libras los domingos y viajas a provincias. Tus pasos de incógnito miden sombrías fachadas abalconadas, habitaciones de damasco donde, entre jarrones con violetas, copas de anís sobre la alfombra, los amantes de toda la vida andan en lo suyo.

Vuelvo a oír tu imprecación:

— *Hommes, soyez corrects! É femmes, minaudes!*

Pero déjalos en paz... Que lo repugnante no es el amor que sobrevive en la humedad de lo remoto, sino los encuentros a plena luz, el temple de los varones, la resolución de las señoras, los coitos sin remordimiento.

PRÓLOGO A LA LENGUA

Un conocido, con afanes de notoriedad en la colonia, ha dado a la imprenta un pliego de versos. No es que piense que la metrópoli avive el pulso que la rutina ha drenado en sus venas, pero sí confía (oh, la fe que depara el destierro) en que algún día se celebren sus papeles africanos.

Como si la lengua — musa de su irresponsable voz poética — fuera asunto del tiempo.

Así que pasen cien años, la lengua es un accidente del instante, como la muerte, a la que sirve de antesala, y todo cuanto expresa, al viento o por escrito, en apetito de olvido lo convierte, pues el tiempo se deleita tolerando salvedades (un amor, un poema, una convicción) a fin de que más severa nos parezca la fortuna que nos tiene reservada.

NOLI ME TANGERE

A través de senderos de ceniza, entre viñedos amurallados contra el viento, calcinadas las crestas de las olas, negros y blancos los perros.

No arrancan sonido las patas de los animales. Duerme el fuego entre la sombra. Duerme el alisio en la ribera. Todo es oscuro hasta donde la lengua alcanza.

Y tú, candil en mano, dudas si esbozarme una sonrisa.

— *Noli me tangere* — dices, cuando estoy a punto del salvarte de la jauría.

Así, noche tras noche, sueño que descanso sobre el lastre de un barco en la altamar del Ukréwé.

Y tú, huyendo, repites:

— *Noli me tangere*.

NO SOSTENER NADA JAMÁS

¿Por qué amaba aquellos devastadores viajes en tren?

Apenas si abría la boca o aguantaba en el mismo asiento. Miraba por la ventana el paisaje discontinuo y el pensamiento era la discontinuidad misma.

Yo no he podido sostener nada jamás — ni siquiera el miedo.

Y, sin embargo, cambiando de máquina en la frontera, el tren llegaba a destino y el mar seguía en su sitio.

CANGREJOS DE LA PLAYA DE MA'BWÁ

Estos son los cangrejos de la playa de Ma' Bwá.

Aturdido de tanta claridad, contemplo los cangrejos de la playa de Ma' Bwá.

La angustia anula mis movimientos. Mas nada saben de angustia los cangrejos de Ma' Bwá. Grises, aplastados por el sol, sacan a superficie los periscopios, expulsan arena con las patas, se hunden en los hoyos.

Cangrejos de la playa de Ma' Bwá.

Un día se extravió uno, se alejó del agujero. Su confianza, su desamparo, aligeró mi angustia, mi ser todo inmóvil y lleno de sol, y empecé a arrojarle puñados de arena.

El cangrejo no huyó. No quería salvarse. Desmintiendo la misantropía, la agorafobia que atribuía a los de su especie, el cangrejo avanzó hasta mi ombligo.

Otro día — la playa, la angustia, la claridad eran las mismas —, a punto

estuve de pisar un cangrejo de la playa de Ma'Bwá.

Rancio, descolorido, parado junto al agua quieta y oleosa, le faltaban dos patas zurdas y las moscas succionaban el resto de los ojos.

Agua le arrojé al cangrejo de la playa de Ma'Bwá para aliviarle la agonía, para que muriera en su hoyo, para que se lo llevara el capricho de la marea.

El cangrejo no se movió. Limpio de moscas y hormigas, seguía al borde del agua, en cuyo dorso una mañana más se desplegaba.

De: El consul del mar del norte

* * * *

Para Leonardo, la supremacía del ojo es incuestionable. No hay duda de que por él habla el ideal neoplatónico de los ojos como espejo — una nueva mimesis — del alma. El sentido que, en cambio, corresponde a la poesía es el oído. La pintura es fiel y, por si fuera poco, “la poesía no tiene dominio propio, y todo su mérito es el de un mercader que junta mercaderías hechas por diversos artesanos” (*Aforismos*).

Muy reivindicable esa función de mercader, de traficante incluso. En cuanto a la supremacía del ojo, privativa de la pintura, puede cuestionarse desde otro aforismo de Wallace Stevens: “Lo que vemos en la mente es para nosotros tan real como lo que vemos con el ojo” (*Adagi*:!).

No obstante, en esas mismas reflexiones sobre Estética, Leonardo da Vinci se permite un criterio si no conciliador, al menos compensativo: “la pintura es una poesía que se ve sin oírla, y la poesía es una pintura que se oye y no se ve”.

* * * *

Qué decir entonces de los poetas *videntes* — obviamente Stevens no era uno de ellos —. Aquí nos aproximamos al momento en que el ojo provoca silencio, al momento en el que el poeta exige ir más allá de las palabras. Su acto de nombrar no alcanza a esclarecer la opacidad de las cosas. Pienso entonces, y es sólo un ejemplo, en Henri Michaux.

Los dibujos de Michaux se convierten en escritura viva o en “pintura ciega”, como Leonardo tilda a la poesía. Escritura viva, como arte de pintar la palabra haciendo hablar a la vista, con lo que la distribución de Lessing (en *Laocoonte*) de las artes plásticas en el espacio y la literatura en el tiempo queda desblo-

queada, como lo vio Paul Klee al señalar la ilusoria diferencia entre arte del tiempo y arte del espacio, pues el espacio es una noción temporal.

* * * *

De lado de la pintura, un pintor vidente como Picabia llega a escribir: “La palabra luz existe, la luz no existe”. Y más adelante: “Me gusta pintar para no pensar”. Leonardo, sin proponérselo ha ganado un nuevo adepto para su causa, cuando aquél asegura: “La pintura es poesía muda”.

Me estoy refiriendo, como es lógico, a artistas (Michaux, Picabia) ubicados en la ficción de los límites, la que bordea la otra ficción de un origen a la que recubren de materia mental. Tan pronto como ha cumplido su función, “desaparece sin dejar rastros”, como dice Kandinsky. Sólo que esa evaporación se procesa en el ojo del otro, en su retina mental, hasta el punto de *ver* los planos de un poema en una pintura y los planos de la composición pictórica en un poema.

José Carlos Cataño nació en La Laguna en 1954. Autor de *Disparos en el paraíso* (1982), *Muerte sin ahí* (1986) y de la novela *De tu boca a los cielos* (1985). *El cónsul del Mar del Norte* (1990). Ha publicado recientemente una nueva novela: *Madame*.